





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA CHICA ALCE

MALIN KLINGENBERG



Traducción de Elda García-Posada

e

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2022

TÍTULO ORIGINAL: *Älgflickan*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

Colección Los pequeños salvajes

© Malin Klingenberg, 2018

Published originally in Swedish by Schildts & Söderströms.

Published by agreement with Helsinki Literary Agency
and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción, Elda García-Posada, 2022

© Errata naturae editores, 2022

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-20-8

DEPÓSITO LEGAL: M-23954-2022

CÓDIGO IBIC: YF

IMAGEN DE PORTADA: © Linn Henrichson

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



1

Era el último descanso de la jornada escolar y la mayoría de los alumnos pululaba por el patio. A la sombra de la pared de ladrillos se encontraban las *emo*, con su característico aire abúlico, mientras que las escaleras las ocupaban los de la pandilla *rockabilly*, esos que siempre venían en taxi a clase desde sus casas en el campo. Los frikis gafapasta se sentaban alrededor de una de las desvencijadas mesas de madera, las flipadas de los caballos estaban tumbadas en el césped, y los tres *hipsters* del instituto se apostaban a la entrada con sus patinetes y sus tirantes, cada uno mirando inexpresivamente en una dirección distinta, como si no se conocieran de nada.

Yo no pertenecía a ningún grupo. Sola en un banco, contemplaba a los demás. Sobre todo a «las divinas», que iban a séptimo conmigo y que en ese momento se habían apoderado de la mesa contigua a la mía.

No miraban directamente a Sebastian, sentado en el banco de enfrente, pero estaba claro que hacían todo lo

7

posible para que él se fijara en ellas. Se sacudían la melena, soltaban risitas artificiales y parpadeaban sin parar con sus pestañas embadurnadas de rímel. Y, a pesar de que fingían charlar entre ellas, sus cuerpos estaban orientados hacia el verdadero objeto de su interés.

Si a Sebastian le hubiera ido esa clase de chicas, con sus exagerados gestos y sus labios tan cargados de brillo como si se acabaran de zampar un pollo asado, entonces quizás el espectáculo no habría sido en vano. Pero teniendo en cuenta lo absorto que se le veía en su móvil, el método no parecía surtir mucho efecto.

No acababa de entender qué tenía aquel chico que le hacía tan maravilloso. ¿Los ojos? ¿La forma de vestir?

Como de costumbre, Lusse daba la nota más que ninguna otra. Llevábamos en la misma clase desde primer curso. Según ella, era solo cuestión de tiempo que Sebastian cayera rendido a sus pies, a pesar de que él iba a octavo. Viktoria, su eterna secuaz, se hallaba un pelín por debajo de Lusse en el orden jerárquico de la manada. El resto del cortejo lo conformaban otras tres chicas: a dos no las conocía; la tercera era Sandra.

Sandra, mi mejor amiga hasta hacía bien poco. En concreto, hasta que empezamos séptimo un par de semanas atrás.

Hoy estrenaba conjunto: un top brillante y unos vaqueros pitillo que le hacían unas piernas kilométricas. Aunque a primera vista se comportaba como las demás, noté que abría mucho menos la boca. En lugar de charlar sin parar, observaba

a sus compañeras de cerca, como si estuviera realizando un estudio de las técnicas adolescentes sobre el terreno. Cuando se reían, ella hacía lo propio, si bien con una risa que yo sabía que no era la suya. Cuando nuestros ojos se encontraban, ella de inmediato desviaba la vista.

A Lusse se le daba bastante bien hacer como que su actuación no tenía nada que ver con Sebastian. Solo lo había espiado de reojo dos veces durante todo el descanso: yo las había contado. Viktoria, en cambio, no podía evitar lanzarle miradas lánguidas a intervalos regulares. En cualquier caso, ninguna de ellas consiguió que levantara la vista de su teléfono.

Sebastian no tenía nada de malo; de hecho, a mí me caía bien. Objetivamente, podía darles la razón a las demás en que el físico del chaval era bastante aceptable. Ojos marrones, cabello castaño. Dentadura bien alineada, salvo por un canino que se veía un poco torcido, pero que no le afeaba, más bien al contrario. Todo lo demás estaba bien y en su sitio. Pero, oyendo cómo Lusse y Viktoria lo ponían por las nubes cuando no lo tenían delante, se diría que estuvieran hablando de alguien sobrenatural. Según la descripción que hacían de él, nada más verlo deberían entrarme mil temblores, encenderse las mejillas y salirse el corazón del pecho. Como mínimo.

Yo no sentía nada de eso.

Sandra se había pasado todo el año anterior enamorada. Como yo siempre cambiaba de tema cuando ella intentaba

hablarme de chicos, al final renunció a hacerlo. Aunque solía pensar que ella era la tonta, en esos momentos me preguntaba si acaso el problema estaba en mí. ¿Sería que no me gustaban los chicos? ¿O la gente en general?

A mí se me daba bien estar sola, así de simple. Demasiado bien, quizás.

De repente, Sebastian levantó la vista y me miró. Yo le saludé con una inclinación de cabeza. No hacerlo habría sido raro: no es que nos conociéramos muy bien, pero llevábamos varios años yendo a la misma escuela. Él me devolvió el saludo con otro gesto, sonrió, y luego volvió a su teléfono.

No. Ni siquiera su famosa sonrisa me reveló qué era lo que lo hacía tan especial.

En ese instante, reparé en que por la mesa de al lado parecía haber pasado un ángel. Los labios brillantes de las dos chicas desconocidas se habían congelado en una mueca de asombro. Los de Viktoria estaban fruncidos como una uva pasa. Lusse se olvidó de ser discreta y clavó los ojos descaradamente en Sebastian, mirándolo de hito en hito.

Sí, ahora todas observaban a Sebastian, excepto Sandra. Ella dirigía la vista al suelo y apretaba las mandíbulas como solía hacer cuando le molestaba algo. O alguien. No cabía duda de que yo era la culpable esta vez. Y a mí me daba igual.

2

En cuanto sonó el timbre anunciando el final de las clases, todo el mundo salió pitando. Era viernes y la mayoría quería irse a casa, o al menos alejarse del instituto. Yo no tenía prisa. Me cargué la mochila a los hombros y me dirigí hacia la puerta con paso tranquilo.

Al salir a las escaleras, las escuché a lo lejos. Se habían detenido en medio del patio y hablaban con sus habituales voces agudas y jactanciosas.

—¡Oh, qué ganas de que llegue el puente de Todos los Santos!

¡Cómo se le veía el plumero a Lusse! Estaba claro que esperaba que le preguntaran qué iba a hacer esos días. Y, por supuesto, se lo preguntaron.

—Pues vamos a ir a Madeira de nuevo. No veo el momento. Ay, el sol, el mar, las bebidas junto a la piscina... —sonrió Lusse como si solo en el extranjero pudieras tomar zumo de naranja—. Y además saldremos a hacer senderismo. Las rutas allí son... legendarias.



Un rumor de admiración se extendió por el círculo de amigas; y menos mal, porque si no habrían escuchado mi resoplido. ¿«Legendarias»? ¿En serio?

Lusse de pronto se volvió hacia Sandra, un poco más atrás.

—Y tú, por cierto, ¿al final vas a África con tu familia?

Por lo general, a Sandra se le iluminaba la cara cuando Lusse se dirigía a ella, pero no fue ese el caso ahora. En su lugar bajó la vista al suelo y se puso a dar pataditas a una piedra encajada entre las losas de hormigón.

—Sí, claro —murmuró, como si una parte de ella tuviera la esperanza de que nadie la escuchara.

Solo habían pasado unos días desde que a Sandra se le ocurrió contar el cuento de que iba a irse de safari. Todo empezó cuando Viktoria soltó que ella y su familia tenían previsto pasar en Bali las vacaciones de Navidad. Estábamos en el vestuario, cambiándonos después de la clase de Educación Física. De repente, Sandra saltó con que ella también se iba de viaje. Cuando Viktoria le preguntó adónde, respondió que a África.

A mí me entraron ganas de zarandear a Sandra y recordarle que normalmente no era tan lela. Si quieres contar una mentira verosímil, debes mantenerte lo más cerca posible de la verdad: eso lo sabe cualquiera.

—Esperemos que no pilles el ébola —terció Viktoria. No se le daba tan bien como a Lusse ocultar que no se tragaba aquella trola.

—No la asustes —Lusse miró con severidad a su mejor amiga, antes de volverse a Sandra con una sonrisa edulcorada—. Claro que no vas a pillar el ébola. Y si lo pillaras, todavía tendrías un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir.

Alguien que no conociera a Lusse podría pensar que lo decía con buena intención.

El padre de Lusse y la madre de Viktoria frenaron sus respectivos coches a la entrada del instituto al mismo tiempo: un reluciente Mercedes negro y un Nissan dorado. Una vez monté en el Mercedes del padre de Lusse cuando íbamos a quinto. Tenía asientos de cuero y olía bien, nada que ver con el Opel de mi madre, que apestaba a tabaco.

Lusse y Viktoria se marcharon. Seguramente pasarían una velada de viernes familiar, se maquillarían, o se pondrían a pensar en chicos monos de octavo de los que tenían la convicción de estar enamoradas. Las otras también se fueron por su lado, pero antes de que Sandra hiciese lo propio, salí de mi escondite detrás de un poste y me acerqué a ella.

—¿Cómo vas a salir de esta? —le pregunté.

—¡A ti qué narices te importa! —bufó.

Luego dio media vuelta en dirección a su bicicleta blanca.



Media hora después estaba en casa. Mis padres se habían marchado al trabajo por la mañana temprano y no regresarían hasta las seis como pronto.

A veces me preguntaba cómo sería mi vida si no hubiera sido hija única, si hubiera tenido, por ejemplo, un hermano o hermana mayor. Siempre llegaba a la conclusión de que era mejor estar sola. No habría querido ni por asomo a alguien como el hermano mayor de Sandra, John, con su olor a sudor, sus espinillas y su típico carácter de chico de últimos años de secundaria, todo el día encerrado en su cuarto jugando a videojuegos.

Me asomé al patio de Sandra a través del seto. El coche no estaba en la entrada, pero sí la bicicleta blanca, lo que significaba que ella ya había llegado a casa.

Hace apenas unos meses, un viernes cualquiera habríamos vuelto juntas después de las clases, y luego habríamos cenado en mi casa o en la suya y nos habríamos quedado viendo películas hasta la hora de dormir. O bien, si yo hubiera podido elegir, habríamos ido al bosque.

Pero hacía varias semanas que todo había cambiado. El primer día del curso, cuando empezamos séptimo, a Sandra se le metió en la cabeza que su vida no tenía sentido si no se hacía coleguita de Lusse y Viktoria. Y entonces dejé de ser su mejor amiga y me convertí en un obstáculo para ella.

Yo, por mi parte, pasaba olímpicamente de bailarle el agua a «las divinas». Tenían la capacidad de hacerte sentir por los suelos si no pertenecías a su panda de admiradoras. En cambio, cuando te prestaban atención, te sentías en la gloria. Yo prefería huir de esos altibajos emocionales y mantener un estado de ánimo más estable.

Sandra salió por la puerta principal. Había sustituido su nueva y estilosa ropa de clase por unos pantalones de chándal y una camiseta verde. Tras calzarse las zapatillas que reposaban sobre las escaleras, echó a correr por el sendero en dirección a la linde del bosque.

Como no tenía nada mejor que hacer, decidí averiguar qué tramaba. Así que dejé la mochila en el suelo, me colé por la abertura del seto y fui tras ella.

A medida que el bosque se hacía más denso, Sandra aminoró la velocidad hasta un ritmo de marcha. No parecía sospechar que tenía compañía, lo cual me sorprendió. Desde pequeñas nos habíamos acostumbrado a estar muy alertas a todo lo que pasaba a nuestro alrededor.

En un momento dado, recogió un palitroque del suelo. Después se puso a golpearlo a intervalos regulares contra los

troncos de los árboles mientras decía algo que yo no alcanzaba a oír.

Luego tomó el camino del lago. Yo me fui por un vericueto que no bajaba directo al agua, sino que era un poco más largo y complicado, con lo que la perdí de vista por un rato. No quería que Sandra me viera, solo quería saber qué estaba haciendo.

Ella no era la única que había perdido facultades a la hora de moverse por la espesura: a unos metros de la cabaña, tropecé con una raíz que sobresalía del suelo y me caí. Mi rodilla aterrizó directamente sobre una piña seca.

—¡AY! —grité bien alto, olvidándome por completo de mi propósito de no hacer ruido.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe.



Empezamos la cabaña cuando teníamos ocho años. Mis padres nos ayudaron, tanto con la construcción como con la compra de muebles.

Nos llevó un montón de tiempo: empleamos en ella todo el verano de segundo, aprovechando los ratos libres de mis padres. Mis tías Ugglan y Paula también nos echaron una mano durante sus vacaciones.

Se distinguía claramente qué tablas eran las que habían clavado mis padres y cuáles habíamos puesto Sandra y yo. Una vez estuvo terminada, nos pasamos allí casi todos los días de verano, primavera y otoño.

La cabaña era una casa de verdad, con su tejado, sus paredes y su suelo. Unos gruesos pilares la elevaban un poco del terreno. Se entraba a ella por una escalera bastante ancha y cómoda.

Una vez dentro, a la izquierda se alzaba un armario alto con estantes abiertos. Allí guardábamos jerséis y pantalones

de repuesto, así como varios montones de revistas de caballos y cómics viejos del Pato Donald. Al lado, una litera cerrada con cortinas de colores cubría el resto de la pared. Sandra y yo nos turnábamos para dormir arriba porque era el mejor lugar. Allí había un ventanuco que daba al camino, varios almohadones mullidos, y una balda lo suficientemente grande para dejar en ella una bolsa de chucherías y algunos libros. La cama de abajo no tenía ese encanto. Aun así, seguía resultando acogedora, ya que, incluso en las luminosas noches de verano, detrás de las cortinas te quedabas a oscuras por completo. La que dormía abajo tenía derecho a la linterna grande, pues de lo contrario no se veía ni torta.

Debajo de la ventana teníamos una mesa de comedor con tres sillas, iluminada por un farol de acampada a pilas que colgaba del techo. A la derecha se extendía una larga encimera con un ingenioso tanque que rellenábamos con agua limpia de un manantial cercano. Sobre la encimera había un estante con platos, ollas y cubiertos que mis tías nos habían pasado porque ya no los usaban.

Cuando cumplí los trece, mi padre sacó una vieja barba-coa de hierro y la colocó fuera de la cabaña sobre una corona de ladrillos. Me puse loca de contento. Luego nos enseñó a usarla, repitiéndonos las instrucciones muchísimas veces, para que no las olvidáramos.

No hagáis fuego con tiempo seco.

Apagadla siempre con agua.

En ningún caso la dejéis encendida.

Paula nos dio un antiguo libro de cocina para *scouts* y nos instalamos allí para el resto de las vacaciones. Pescábamos, leíamos y charlábamos. Eso sí, todas las noches íbamos a casa a cenar con nuestras familias, esa era la norma. Pero, una vez cenadas, nos faltaba tiempo para regresar a nuestra cabaña a dormir.

Si me paraba a pensarlo, me parecía increíble que solo hubiera pasado un mes desde que apagamos el último fuego y nos despedimos, antes de que Sandra se marchara a Noruega para una reunión familiar con sus padres y su hermano. Estuvo fuera dos semanas, pero no hizo falta más: cuando comenzaron las clases, ya era una extraña para mí.

Yo no había vuelto allí desde entonces. Ya no era lo mismo. Y que Sandra hubiera ido sin mí me soliviantaba. En el fondo, siempre había sentido la cabaña más mía que suya. Aunque nunca lo había dicho, por supuesto.

Cuando me encontré con la mirada de mi examiga, estaba segura de que me soltaría un ladrido, como solía hacer a esas alturas. Sin embargo, el bosque debía de suavizarle el genio.

—¿Te has hecho sangre? —se limitó a preguntar.

Su tono era casi el normal.

Me palpé la rodilla.

—No —respondí mientras me levantaba y me sacudía algo de hojarasca de los pantalones.

Nos miramos. Ninguna de las dos tenía nada que decir. Al cabo de un rato volvió a entrar en la cabaña. La seguí.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Nada en particular.

No obstante, me fijé en que había sacado el montón de cómics del estante. Agarró el de arriba y se puso a leer. Yo me quité la chaqueta, cogí otro y me senté a la mesa, frente a ella.

Estuvimos un buen rato leyendo sin decir nada. Del lago llegaba un delicioso aroma a musgo, y si me abstraía de la realidad, casi podía sentirme como si todo siguiera igual que antes. Pero, al cabo de unos momentos, Sandra suspiró profundamente y el encanto se rompió.

—¿Qué probabilidad crees que hay de que vayamos a África en el puente?

Hice un gesto de desdén. A mi modo de ver, tal probabilidad oscilaba alrededor del cero por ciento.

Los padres de Sandra tenían buenos trabajos, pero casi nunca les regalaban nada a sus hijos. El año anterior, cuando estábamos en sexto, Sandra todavía recibía la misma paga semanal que en primero. También llevaba con la misma bici desde los ocho años, a pesar de que se le hubiera quedado pequeña.

Claro que eso había cambiado. La flamante nueva bicicleta blanca de Sandra y su ropa recién estrenada se me antojaban tan extrañas como su propia dueña. Aun así: tal vez sus padres se hubieran vuelto un poco más generosos, pero ni de lejos lo suficiente como para llevarla de viaje a África.

—No corres peligro de encontrarte con Lusse y Viktoria durante el puente, porque ellas sí que se van de viaje. Aunque

después te exigirán pruebas fotográficas de que realmente has estado de safari —dije.

—Ya lo sé. Pero para algo existe el Photoshop —replicó ella, haciendo una mueca que acaso fuera el remedo de una sonrisa.

Yo no pude evitar esbozar una sonrisita socarrona, porque sabía en qué estaba pensando. Ambas recordábamos aquella cuenta que encontramos en Tumblr la primavera anterior. Un americano había intentado engañar a sus amigos diciéndoles que se había ido a China y colgando una serie de fotografías tan mal amañadas que incluso Sandra podría haber hecho un trabajo mejor, a pesar de sus pobres habilidades digitales. Había imágenes de la Gran Muralla China en las que de pronto el tipo aparecía como un pegote, pálido y escuchimizado, posando frente a una hermosa vista tras otra con unas proporciones y una iluminación tan chapuceras que era imposible que el montaje pasara desapercibido.

Pero de eso hacía varios meses. De la complicidad que antes nos hubiera hecho partirnos de risa juntas no quedaba ni rastro.



Seguimos leyendo un rato más. Yo miraba de reojo a Sandra a intervalos regulares. Parecía más triste que enfadada. Aunque pasaba las páginas del cómic, noté que su cabeza estaba en otra parte.

—¿Qué miras? —masculló al cabo de unos instantes.

—¿Por qué te empeñas en juntarte con ellas? —pregunté—. Lo único que consigues es deprimirte.

No quiso contestar.

Lusse y Viktoria eran las chicas más guapas y más «guais» de séptimo curso. Yo era del montón. Corrientucha y poco interesante. Me gustaba leer, ver películas y deambular por el bosque. No me importaba mi aspecto ni la opinión de los demás. Para mí lo principal era estar a gusto conmigo misma. Por lo visto eso no era suficiente para Sandra.

—¿No puedes volver a ser como antes? —solté sin pensar.

—¿Es que no lo pillas? —protestó ella—. ¿No entiendes que eso es exactamente lo que no quiero? Quiero que la

Sandra corriente, sosa, fea y blandengue desaparezca. Tengo que aspirar a algo más en la vida.

Esto último lo dijo señalándose primero a sí misma y luego a mí.

Aunque no me sorprendió, oírla expresarlo de viva voz me dolió más de lo que habría imaginado.

—Me refiero a esta cabaña, por ejemplo. Ya vamos a secundaria, por Dios...

El escozor en el pecho se convirtió en un fuego furioso. Una cosa era que me considerase una sosaina, y otra muy distinta que se metiera con nuestra cabaña, que tanto había significado para las dos desde pequeñas.

—Pues si tan infantil te parece, no tienes más que largarte de aquí —le espeté.

Tal vez albergaba la esperanza de que se retractara de lo que había dicho. Pero no lo hizo.

—¡De buena gana! —exclamó en su lugar, antes de tirar el cómic al suelo y salir a toda mecha.

Cerró de golpe la puerta tras ella; oí el ruido sordo que hizo el letrero de JOHANNA & SANDRA al soltarse del gancho y caer al suelo.

Estaba claro que la vida en la naturaleza siempre me había interesado a mí más que a Sandra, pero que tirara por la borda tan a la ligera la cabaña y todo lo que esta había significado para nosotras me chocó muchísimo. Y no cabía duda de que hablaba en serio, porque cuando salí a las escaleras vi cómo su airada figura desaparecía entre los árboles.

Recogí el letrero para volver a colgarlo, si bien enseguida cambié de opinión y lo tiré al montón de leña. Ya ni siquiera tenía fuerzas para entristecerme. Solo me sentía vacía y cansada.

Al menos ahora no tenía que pelearme con ella sobre quién dormiría en la litera de arriba. Subí, me eché, cerré los ojos y traté de imaginar que Sandra nunca había estado allí.

Me despertó un crujido entre la espesura, a cierta distancia. Dos hembras de alce pasaron junto a la cabaña y se detuvieron en la orilla del lago.

Al anoecer, aquel era el mejor lugar del bosque para avistar animales silvestres. Sandra y yo habíamos llegado a registrar la visita de cuatro ciervos, dos zorros, un ratón de campo y un alce en el transcurso de un solo fin de semana.

Los alces hembra estuvieron bebiendo un buen rato. Una de ellas levantó entonces la cabeza y la giró para arrancar un bocado de hierba. A pesar de que estaba oscuro, percibí unas manchitas blancas en un lado de su cuello. La otra mantuvo el hocico en el agua; su garganta se movía al compás de los tragos.

Bajé de la cama sin hacer ruido y me asomé a las escaleras. Esperaba que las visitantes se asustaran, pero, a pesar de que seguro notaron mi presencia, se limitaron a mover las orejas. Me senté. La primera volvió la cabeza y me miró sin dejar de mascar despacio. Aunque sabía que era ridículo sonreír a un alce, no pude evitarlo.

«Hola», susurré.

La interpelada aguzó el oído y dejó de masticar por un momento, para luego volver a lo suyo.

Las dos siguieron comiendo y bebiendo un rato largo antes de dar la vuelta y regresar por donde habían venido.

Peor para Sandra si se había perdido algo así.

Cuando llegué a casa, encontré a mi madre en la cocina, afanándose con la masa para una pizza.

—¡Hola! Papá llegará pronto. ¿Qué tal en el bosque? Y Sandra, ¿come aquí o en su casa?

Mis padres eran buena gente, pero no tenían ni la menor idea de lo que ocurría fuera de su negocio. Se les había pasado del todo por alto que, desde que comenzaron las clases, no habían vuelto a ver a Sandra.

Murmuré algo así como que ella cenaría en su casa y me puse a rallar queso. Como mi madre tenía la radio a todo volumen, no hablamos. Mejor: así podría pensar tranquilamente en la visita de los alces. Y en lo cabreada que estaba con la traidora de mi amiga.

Mi padre llegó justo a tiempo. Y, mientras nos comíamos la pizza, los dos se pusieron a hablar de su negocio, una lavandería y tintorería dedicada a la limpieza de todo tipo de prendas. Al parecer, los detergentes y las nuevas lavadoras eran un tema de conversación inagotable. Cuando terminé de cenar, les di las buenas noches y subí a mi habitación con el portátil de mi madre bajo el brazo.